

# El ojo del tigre





**Juan Simeran**  
El ojo del tigre



menos**cuarto**

Un jurado formado por José Carlos Somoza, Miriam López,  
Enrique Álvarez y José Ángel Zapatero, adjudicó a *El ojo del  
tigre*, escrito por Juan Simeran, el Premio Tristana  
de Novela Fantástica, en su decimoquinta  
edición, organizado por el  
Ayuntamiento de  
Santander.

© Juan Simeran, 2023  
© de esta edición, Menoscuarto, 2023  
ISBN: 978-84-15740-98-8  
Dep. legal: P-100/2023

Diseño de colección: Echeve  
Ilustración de cubierta: © Dominik Riesen | unsplash  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear  
algún fragmento de esta obra.

«Lo que justifica tener un nombre es la condición de ser titular de un discurso.»

ERCOLE LISSARDI, *La pasión erótica* (2013)

«(...) delante hay una mentira comprensible y tras ella reluce una verdad incomprensible.»

MILAN KUNDERA, *La insoportable levedad del ser* (1984)



# 1

PODRÍA DECIRSE que su rostro poseía la cadencia armónica de las esculturas clásicas, si no fuera por la cicatriz. Esa marca —que iba del pómulo a la ceja— no hacía más que exacerbar el magnetismo que irradian las mujeres que se saben atractivas. Aunque la historia que me fuera desgarrando cada tarde en este balneario resultara ser más atractiva que ella misma. Yo esperaba con ansia el momento de escucharla. Tal equívoca intimidad no le caía nada bien a mi mujer, relegada al rol de tercero en discordia... aunque cada tanto bajara la guardia para rendirse ante la evidencia: solo hablábamos. Ciego como bola de ruleta que salta de tabique a tabique, el azar nos había premiado con dos carpas contiguas: la 36 y la 37. 36: ella, narradora. 37: yo, oyente. Si bien ella nunca abandonó cierto desapego considerado de buen tono, no dudo que desplegó en esos monólogos la tragedia de su vida. ¿Por qué a mí?, me pregunto hoy ante este mismo paisaje que en su ausencia parece imitar los irritantes bucolismos de los salvapantallas. No tengo, no hay respuesta. Arriesgo una: porque sí. Bah, *porque sí* es suficiente razón para gran parte de las cosas que uno hace. Indagar el porqué, entonces, no es más que un ejercicio inútil: la arremetida frenética de una mosca contra el vidrio frío de una ventana cerrada. Más de una

vez me dio la sensación —un vértigo fugaz— de que ella me hacía las señas desesperadas de quien se ahoga en alta mar. Bueno... tampoco sé si esas señas me las hacía a mí. Su extenso monólogo lograba intensidades notables —y a la vez íntimas—, pero era un diálogo con otro. Otros. Vaya a saberse. El ritual daba inicio cuando yo cerraba mi libro (una novela sobre las factorías de marfil en el Congo). Ella se acomodaba un mechón que le caía sobre los anteojos de sol, o se mordía el labio inferior, o daba una calada demorada a un cannabillo. Disimulaba tan bien un tic nervioso —le escocía la parte posterior del cuello— que tardé bastante en percatarme de esa debilidad. En algunos pasajes de la narración me parecía que la piel tirante de la cicatriz se ahondaba y le latía, en otros daba la impresión de fundirse con la tersura del rostro hasta desaparecer. Tenía estampado en la base del cuello un tatuaje austero, el signo del Cao Dai en bermellón. Jamás le vi usar anillos, collares, o pulseras. Nunca sus labios mostraron otro color que el propio, creo... aunque algunos detalles se me fueron desdibujando con el tiempo. Salvo su voz. La reconocería entre miles. No me interesa fechar el año en que todo esto sucedió, poca importancia tiene eso ya. Hay quien afirma que todo pasa. Yo no estaría tan seguro. La sombra de los médanos avanzaba sobre las telas de las sombrillas, tiñendo la arena de una fosforescencia lunar, y esa voz abarcaba todo el ámbito del balneario, y ni siquiera los cantitos de los vendedores de arepas lograban romper el embrujo. Eso, embrujo. Había algo fuera de lo natural en esa historia que ella hacía avanzar como si ejecutara una partitura escrita



por otro largo tiempo atrás. Yo sospechaba que Kurtz (así lo llamaba ella, por ese apellido que sonaba como el restallar de un rebencazo) había sido el amor de su vida. O quizá aún la estremecía la admiración o el asco... o ambos. No había sido un tipo nada fácil ese tal Kurtz. ¿O me corroía el síndrome del rival a destiempo, celoso de un fantasma del que solo quedaba ese reverbero de una vocal y cuatro consonantes en el aire? Lo cierto es que ella, que creo recordar se llamaba Danka (¿o Vanka?), con el tono grave y pausado de su decir lograba, cada una de esas tardes, sacarme de mi campo visual y llevarme como en alas de una alfombra mágica al paisaje de su periplo bonaerense, y los aromas a protector solar, pochoclo, arena mojada y toallas puestas a orear desaparecían.

## 2

MENTIRÍA SI DIJERA que caí subyugado en cuanto la vi, o que algo nos hubiera señalado que esas dos sillas playe-ras distanciadas a cinco centímetros estaban esperándo-nos desde el principio de los tiempos. Un árabe diría que todo estaba escrito. Corrijo: que *está* escrito. No soy ára-be, ni creo que el cosmos se preocupe especialmente por la contigüidad de las sillas de los balnearios bonaerenses. Lo que sí puedo afirmar es que un pudor... cómo llamarlo... *cívico* hace inevitable el entablar conversaciones ridículas, con completos desconocidos que tuvieron la mala idea de sentarse al lado nuestro o pisarnos. Si se me hubiera ocu-rrido correr esa silla veinte centímetros, quizá nunca hu-biéramos intercambiado una sola palabra. Pero no la corrí, y cuando quise percatarme de mi torpeza nuestros brazos casi se tocaban. En fin, entre balbuceos, carrasperas y la resignación mutua de despuntar la charla obligada, ella se presentó como inspectora de escuelas de La Plata. Buscó algo en un bolsito hindú luego de decir esto, se inflaron los elefantes de lentejuelas que irisaban la luz que caía a plo-mo. La observé de reojo, con disimulo. No parecía alguien acostumbrado a ejercer ese poder mínimo, pero inapelable, que es el *pathos* inevitable de todo inspector; sea de centra-les nucleares o de micros de corta distancia. Estuve a punto

de contestarle «no parece» pero pude frenar a tiempo la inconveniencia. Ella, al parecer, adivinó el hilo de mis pensamientos, o bien lo dije sin darme cuenta, o estaba cansada de dar siempre la misma explicación. Porque luego de no encontrar lo que buscaba —los elefantes se perdieron en un escondrijo junto a su muslo— agregó:

—Mire; yo no llegué a inspectora por mérito o anti-güedad. Lo normal es terminar como inspectora luego de años de ocupar diversos puestos administrativos, y puede decirse que yo aterricé allí en paracaídas. Y eso que una escuela es la cosa más endiabladamente compleja que pueda existir, es... restaurante, club deportivo, biblioteca, conservatorio dramático, taller de arte, en las escuelas rurales también huerta y, por qué no, juzgado de paz y consultorio sentimental. Pongamos también reformatorio, si me apura. Se utilizan tanto kits de robótica como acelgas para hacer buñuelos, trebejos de ajedrez y pelotas de vóley.

Aún recuerdo dos cosas: la impresión que me hizo el término *trebejos*, que solo había leído, nunca escuchado, y el gesto circular, preciso, que dibujó su mano de uñas cuidadas.

Nada hacía suponer que siguiera hablando. Mi observación «no parece», si es que la hice, había quedado contestada. Como soy callado, y pongo cara de inteligencia cuando me explican algo, quizá se sintió obligada a agotar la argumentación. Creo que en ese exacto momento, ella comenzó su monólogo, o sea a hablar no tanto para mí sino para el eco fantasmático que le devolvía el dirigirse a mi persona.

### 3

—TAL COMPLEJIDAD TERMINA POR DEVORAR la buena voluntad que una ponga, se comienza por no darle importancia a cosas que parecen... pavadas, a ver... digamos que se emparche con cinta de embalar la banderola del salón de actos, o que el goteo de las canillas sea la música ambiental del baño y por ese camino, créame, se termina por consentir que el cuadril lo hayan mandado sin fecha de vencimiento. Pero, como le dije, yo empecé directo de inspectora, porque una tía me consiguió ese puesto tan codiciado, saltando de un golpe todo el escalafón, pero mire... a veces las ventajas de cuna terminan siendo desventajas. Porque ser sobrina de una de las mujeres con más influencia política en esa ciudad implicó que comenzase a cumplir funciones para las que... mm... no estaba, ni remotamente, preparada. En rigor, ni siquiera conocía La Plata, ya que me críe en zona norte, en Martínez.

Los altoparlantes del bar comenzaron a emitir un cumbiatrón pegajoso a nuestras espaldas. Me revolví en la silla; ese sampleado me estruja el cerebro hasta dejarlo como un trapo viejo.

—No lo aburro, ¿no?

La pregunta tenía sentido: estábamos de vacaciones, qué diablo; se suponía que estábamos allí para dedicarnos a

olvidar todo lo relativo a la vida laboral. Además, a quién le podrían importar las vicisitudes administrativas de una burocrata: banderolas, goteras, cuadriles. No obstante había en ella un *algo* prometedor. Por qué no, sexy. Creo que el aire marino me hacía ver en la herida de su rostro un dejo épico, como de batallas contra los hicsos (aunque, como siempre en estos casos, el hicso resultara ser un ventilador de techo mal amurado, o un zapato de taco traicionero). Además, la novela del Congo era como las selvas que describía: oscura e impenetrable. Mi mujer vapeaba, su atención absorbida por completo por su celular, la carpa era caja de resonancia del sonido de pájaro carpintero picoteando un tronco. El mío permanecía mudo como un pez. El mar ronroneaba satisfecho de sí mismo. Espesas nubes grises rozaban con su panza, a lo lejos, la superficie de esa pampa aceitosa y salobre. En la orilla, cincuentones chorreantes de entusiasmo galopaban tras una pelota de goma, gritándose entre sí más órdenes y contraórdenes que en una final de la Champions League. Por milagro, bajaron los decibeles de los parlantes del bar a un nivel tolerable. Por la arena hirviente se balanceaban doscientas garotas de Ipanema, tan perfectas e inaccesibles como si fueran la creación virtual de un pornógrafo. Heroicos triciclos ondeaban banderines con la leyenda: «HOT DOGS», los vendedores pedaleaban bajo un sol de justicia soplando vuvuzelas, bramando como leones marinos en celo. Con un sencillo pero expresivo movimiento de las manos (acompañado de una cara de pero no, cómo se le ocurre eso) creo que definí las reglas de ese juego que empezábamos a jugar: ella hablaría y yo escucharía. No hacía falta más.